

Viaje al microcosmos: pequeñas vidas, grandes aprendizajes

Cierta mañana llegamos a una parroquia del Chocó Andino con la propuesta de hacer talleres para niños y niñas que vinculen arte, ambiente y ciencia ciudadana.

Iniciamos con un recorrido por el parque. Los parques son lugares de encuentro que simbolizan los lazos comunitarios y albergan diversas formas de vida, algunas casi imperceptibles a simple vista.

No llevábamos grandes equipos científicos; apenas unas lupas, algunos teléfonos celulares con lentes para macrofotografía y materiales para grabado en jabón. Les propusimos a los niños y niñas algo muy sencillo: caminar despacio y observar con atención la biodiversidad que habita este espacio.

La actividad comenzó como juego... De pronto, aparecieron pequeñas hormigas, arañas diminutas, hongos, orugas, hojas perforadas y una infinidad de insectos que siempre habían estado ahí, pero que casi nadie había observado con atención. Los niños corrían de un lado a otro llamando a sus amigos "¡Vengan a ver esto!". Lo que hasta ese momento era un rincón cualquiera del parque, se convirtió instantá-

neamente en un laboratorio vivo. Comprendimos entonces que el aprendizaje no estaba ocurriendo porque alguien estuviera explicando conceptos, sino porque la comunidad estaba redescubriendo su propio territorio. Los teléfonos celulares, tan cuestionados en muchos espacios educativos, dejaron de ser una distracción para convertirse en herramientas de ciencia ciudadana.

Con una aplicación de naturalismo registramos especies y compartimos observaciones. Los niños comprendieron que ellos también podían generar conocimiento desde la ruralidad.

Más tarde, en el taller de grabado en jabón, cada participante eligió un elemento del microcosmos para la creación artística. Las estampas comenzaron a poblar

un gran fanzine colectivo donde aparecieron gráficos, preguntas, historias y reflexiones sobre el bosque, el agua y las problemáticas cotidianas en su comunidad. El grabado dejó de ser una técnica artística y se convirtió en un lenguaje para contar el territorio desde la mirada de los niños y niñas.

Con el tiempo entendimos que el microcosmos también era una metáfora. Así como esas pequeñas formas de vida sostienen el equilibrio de los ecosistemas y, sin embargo, pasan desapercibidas, las infancias rurales también suelen permanecer invisibles pese a todo lo que aportan a sus comunidades.

Hoy, cuando regresamos a la parroquia, algunos niños reconocen aves, insectos y plantas con una facilidad sorprendente. Una niña nos contó que quiere ser veterinaria de animales silvestres. Otra niña dice que quiere ser artista.

Tal vez el mayor aprendizaje de Viaje al microcosmos, además de enseñar a observar la naturaleza, sea entender que cuando una comunidad aprende a mirar su territorio con otros ojos, también empieza a imaginar otros futuros posibles.



Comprendimos entonces que el aprendizaje no estaba ocurriendo porque alguien estuviera explicando conceptos, sino porque la comunidad estaba redescubriendo su propio territorio.